

# SEÑALES DE VIDA: FICCIONES Y TERRITORIOS EN CRISIS

**Fermín A. Rodríguez**

*Consejo Nacional de Investigación de Ciencia y Técnica (CONICET)*



**Resumen** || Hacia fines del siglo XX, la frontera territorial que alguna vez le sirvió a la literatura latinoamericana para repartir cuerpos y significados adentro y afuera del orden nacional-estatal se transforma ahora en una línea de vida que pasa por el cuerpo biopolítico de la población. Así, en la ciudad en ruinas de *El aire* de Sergio Chejfec o en el campo desnaturalizado de *El desperdicio* de Matilde Sánchez, lo más importante parece ser lo biológico, lo somático, la realidad biopolítica de lo corporal como objeto de una nueva territorialización del poder que es también una mutación de la sensibilidad y un nuevo régimen de significación de la novela.

**Palabras clave** || Sergio Chejfec | Matilde Sánchez | Ficciones biopolíticas | Sujeto neoliberal | Narrativa de la crisis | Espacios posnacionales

**Abstract** || By the end of the 20th century, the territorial border that Latin-American literature had used to distribute bodies and meanings inside and outside of the national-state order was transformed into a living line passing through the biopolitical body of the population. Thus, in the ruined city of Sergio Chejfec's *El aire* or in the countryside of Matilde Sánchez' *El desperdicio*, the most important seems to be the biopolitical reality of the body as an object of a new territorialization of power, a mutation of sensibility as well as a new regime of significance for the novel.

**Keywords** || Sergio Chejfec | Matilde Sánchez | Biopolitical fictions | Neoliberal subject | Narrative of the crisis | Post-national spaces

## 0. Introducción

La hipótesis de que lenta e imperceptiblemente la Argentina se estaba terminando o que era ya una cosa del pasado recorre una serie de ficciones que, sobre el cambio de milenio, se dedicaron a vaciar de sentido el reparto de espacios y de cuerpos que desde los años de formación de las culturas nacionales definen el territorio de lo que reconocemos y leemos como literatura argentina.

La literatura, que desde fines del siglo XIX fue uno de los mecanismos fundamentales de naturalización de la nación y del orden capitalista, registra un siglo más tarde la crisis y descomposición de los imaginarios modernizadores que la ola privatizadora y globalizadora de los años noventa está borrando a favor de otras formas de repartos estéticos, un nuevo tipo de espacializaciones no organizadas en torno a la constitución nacional del territorio<sup>1</sup>. De los espacios-territorio, estabilizados dentro de límites por operaciones de producción y reproducción de ciudadanía y autoridad, pasamos a espacios de exclusión cargados de vida, espacios-población (Cavalletti, 2010: 151) prepersonales y fluidos, codificados y regulados por un entramado de poderes y controles que ya no tienen al estado nacional ni a las formas de habitar la nación como referencia exclusiva para la producción y regulación de la subjetividad.

Dedicada a la destrucción de la verosimilitud de las historias, la ficción literaria, de Rodolfo Fogwill y César Aira a Sergio Chejfec y Matilde Sánchez, se hace cargo de la percepción y la imaginación de la crisis, ensayando con la temporalidad del «fin de la historia» que la imaginación neoliberal y los efectos socialmente devastadores de sus políticas están instalando en un presente arrasado por el terror económico de los años noventa, la masificación del desempleo, la precarización del trabajo y el desmantelamiento del Estado de semibienestar, que culminó violentamente con el estallido social de 2001<sup>2</sup>.

Algo acaba de pasar, una ruptura, una enfermedad, una quiebra, que se impone sobre el cuerpo de los personajes y se instala al nivel de los afectos, transformando la capacidad de afectar o de ser afectados de vidas marcadas por el antes y después de un desastre. Como el polvillo microfísico de los juegos de poder, la crisis está en el aire de estos relatos y se deposita de manera imperceptible sobre los espacios, los seres y las cosas a la manera de un clima o una atmósfera saturada de signos de derrumbe. Sujetos que nunca volverán a ser como antes, sacados de sus rutinas, desviados de su eje, deambulan por un presente sin progreso ni desarrollo en el que el tiempo orgánico de la nación y de las modernizaciones latinoamericanas —el ordenamiento y la transformación política y

---

### NOTAS

1 | Acerca de una nueva imaginación espacial postnacional organizada a partir de la noción de territorio, ver Josefina Ludmer, *Aquí América Latina* (2010): «Un territorio es una organización en el espacio por donde se desplazan cuerpos, una intersección de cuerpos en movimiento, el conjunto de movimientos de cuerpos que tiene lugar en su interior y los movimientos de desterritorialización que lo atraviesan» (123).

2 | Acerca del nuevo régimen de marginalidad urbana en la Argentina de los años 90, y su relación con redes políticas y tramas informales de ayuda recíproca, ver Javier Auyero, *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo* (2001).

económica de la sociedad «desde arriba» (García Canclini, 2001)— parece haberse detenido.

Hoy como ayer, en los años noventa o en la Argentina de 2016, la modernización neoliberal —vienen a hacer visible estas ficciones— produce degradación acumulativa y desorden, estados de agonía y en agonía, ciudades sin horizonte de inclusión ni signos de pertenencia reconocibles recorridas por violentas y sigilosas líneas de fractura biopolíticas a lo largo de las cuales se reparten jerárquicamente lugares, cuerpos y sentidos. La crisis como forma de vida deviene el paradigma mismo de lo cotidiano, un estado de excepción que se confunde con la vida misma. La frontera geográfico-cultural que alguna vez sirvió para repartir cuerpos y significados adentro y afuera del orden nacional-estatal se transforma en una línea de vida que pasa por los cuerpos, separando brutalmente sobre el *continuum* de lo viviente ciudadanos de poblaciones, personas propietarias que tienen y disponen de su cuerpo de seres vivientes indiferenciados que *son* meramente un cuerpo, empujados por dispositivos de naturalización de lo social hacia el lado «invivible de la vida» que Osvaldo Lamborghini identificaba con la vida misma en lo que ésta tiene de repetición y desnudez, de naturaleza común a todos. Se trata de una nueva territorialización del poder, un poder difuso, imperceptible, coextensivo a un cuerpo social naturalizado por un Estado que se desentiende activamente de partes enteras de una población —la parte de los que no tienen parte, según la cuenta de Rancière— abandonada activamente a las fuerzas ruinosas del mercado, dejándose vivir y modelar por redes biopolíticas de regulación y control que se hunden en el subsuelo biológico del cuerpo colectivo de la especie.

La vulnerabilidad de lo viviente tanto como su potencia de resistencia y de transformación se vuelven entonces el material privilegiado de ficciones pobladas de vida —vidas arrojadas a la esfera crecientemente politizada de la reproducción de lo viviente—. Llevados hasta el límite de sus posibilidades, los protagonistas de *El aire* o de *El desperdicio*, por ejemplo, habitan en el umbral de lo biológico, esa zona entre lo biológico y lo social donde la cuestión de lo viviente se torna el material de una literatura que, en su capacidad de articular un discurso diferente al de la experiencia política, recoge el desafío formal de elaborar por debajo del umbral de la «persona» un cuerpo múltiple. Siguiendo estas líneas de desdiferenciación biológica, la literatura de fines de milenio se deshace de las formas espaciales tradicionales de la novela para internarse en una nueva distribución de cuerpos que se vuelven visibles en su relación con el mercado, un campo eminentemente biopolítico saturado de nuevos mecanismos de poder donde se aplica ese «hacer vivir» selectivo y jerárquico que, en su enseñanza de los años 1976-1979, Foucault había encontrado actuando en el exterior de los confinamientos

disciplinarios y los aparatos de Estado<sup>3</sup>. El totalitarismo, que durante los años de la dictadura cívico-militar «hacía morir» en el campo de la excepción y del terror político, migró en los años de la democracia de mercado de la América Latina de los años noventa a un terreno económico donde el poder «hace vivir» en espacios de abandono político localizado y gestionado por nuevos dispositivos de dominación que hacen de la enfermedad y la salud, el trabajo y el ocio, el nacimiento y la muerte, la reproducción y la sexualidad, la seguridad y la miseria, una instancia de intervención, de lucha y de control.

Convertida en campo de politización y subjetivación, esa misma vida fue también la materia de relatos que ensayaron formas de localizar y desmontar las operaciones biopolíticas fundamentales<sup>4</sup>. Sin ir muy lejos, el «hacer vivir» que ocupa el centro de las preocupaciones de Foucault reaparece en el «vivir afuera» —el título de una novela de Rodolfo Fogwill de 1998— de una serie de relatos que se internaron en las multiplicidades abiertas de la vida para volver visible lo que fue, en sus orígenes, el dispositivo neoliberal de dominación social.

Así, en ruptura con los antiguos mapas de las literaturas nacionales que elevaban la oposición entre civilización y barbarie o entre ciudad y campo a la condición de antagonismo fundamental, lo más importante en la ciudad ruralizada de *El aire* o en el campo desnaturalizado de *El desperdicio* parece ser lo biológico, lo somático, lo sensorio-motriz, la realidad biopolítica de lo corporal como objeto de un nuevo régimen de significación que, en última instancia, es un dejarse vivir y arrastrar por la crisis hacia espacios cualesquiera, inconmensurables y abiertos, donde la cultura ensaya con otros modos de percibir e imaginar los cuerpos que no reproduzcan la norma del individuo privatizado de la economía neoliberal.

## 1. Lo irrespirable: *El aire*, de Sergio Chejfec

Sobre un fondo de ruina social y naturalización de la crisis, *El aire* —la novela del año 1992 del escritor argentino Sergio Chejfec— se dedica a construir el punto de vista de la extrañeza alrededor de la figura de Barroso, un ingeniero empantanado en un pozo de tiempo lento, espeso e indeterminado, con la melancolía del barroco, entre otras cosas, inscripta en un nombre que alude también a lo borroso, a lo indeterminado y vacilante y, no menos importante, al barro, al fango del suburbio<sup>5</sup>. Hace tres días que su esposa Benavente lo abandonó sin anuncio previo y un incendio en la oficina lo apartó temporalmente del mundo del trabajo y las repeticiones del hábito. La cuerda de la vida doméstica se rompió, y Barroso, cautivo de «un esquema de tiempo extranjero» que ignora «frecuencias, ritmos y

## NOTAS

3 | Entre 1976 y 1980, a lo largo de sus seminarios en el Collège de France *Hay que defender la sociedad, Seguridad, territorio, población, El nacimiento de la biopolítica y Del gobierno de los vivos*, Foucault descubre confundida con las micro prácticas de las sociedades disciplinarias una macroeconomía «biopolítica» del poder que no trabaja al nivel individual de los cuerpos sino sobre la gestión del espacio múltiple y heterogéneo de la vida biológica de la población. «Podría decirse que el viejo derecho de *hacer morir o dejar vivir*», escribe Foucault en 1976 en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, «fue reemplazado por el poder de hacer *vivir* o de *rechazar* hacia la muerte» (167).

4 | Acerca de la relación entre transformaciones estéticas de fines del siglo veinte y la politización de la vida en la cultura latinoamericana, ver Gabriel Giorgi, *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*.

5 | En la ciudad pampeanizada de *El aire*, vuelve el barro de la ciudad criolla que Martínez Estrada veía en 1933 por debajo del cemento, desplazando al cemento y el hierro de la ciudad moderna. Ver Beatriz Sarlo, *La ciudad vista*, 71.



ciclos, todo aquello que permite discriminar el presente del pasado y del futuro» (107), va resbalando inexorablemente hacia un abismo de extrañamiento que la desocupación y la soledad abrieron bajo sus pies. Estamos afuera del mundo del trabajo, sin estructuras ni horarios, un mundo donde el trabajo terminó y el abandono y la precariedad se han vuelto la norma —un territorio inestable, arrasado por la hiperinflación y las recetas de ajuste neoliberales, repleto de familias de desocupados y niños de la calle asomándose a los contenedores de basura en busca de botellas de vidrio que luego canjean por mercancías.

En éxodo forzoso hacia la zona inestable de los «indefinidos sociales»<sup>6</sup>, Barroso, con el fracaso amoroso a cuesta, se irá internando de a poco en una comunidad de excluidos para dejarse vivir por los mismos mecanismos ordenadores de cuerpos y sentidos que constituyen lo real, y ensayar con nuevas formas de percepción. Y lo que Barroso ve, en un vagabundeo «con la mente en blanco» (44) que tienen más del merodeo confuso de un sonámbulo que de la lucidez un poco perversa del *flâneur*, es un territorio en ruinas, cargado de una vida turbulenta, hacinada en conventillos y barrios marginales donde el paisaje urbano de Buenos Aires se desarticula y fragmenta según esas dislocaciones espaciales permanentes de las grandes ciudades latinoamericanas de nuestro fin de siglo<sup>7</sup> —megalópolis desindustrializadas híper degradadas, convertidas en vertederos para una población excedente que se aferra a grietas de supervivencia informal, sin ningún tipo de protección (Davis, 2004: 17).

La ciudad biopolítica se define a partir de un problema de circulación, no de cuadrículados disciplinarios. Tribus nómades de nuevos pobres, sin trabajo ni techo, desconectada de modo permanente de la economía formal, deambulan al estilo zombi entre las ruinas de edificaciones desperdigadas por terrenos inabarcables, donde «no existían los techos, solo paredes, pilotes y vigas» (60), o que acampan a la intemperie en lo que aparenta ser un «picnic interminable» o un «desalojo masivo», limitándose a extender «sábanas sobre la tierra y echarse a descansar, comer y hacer sus cosas, o sea, vivir» (136). Cargados todavía con los escasos restos de una vida de bienestar perdida, los nuevos pobres ocupaban el aire vacío de terrenos fiscales o privados, sin la menor competencia como para construir o levantar la más elemental de las vallas que permitiera repartir un terreno eminentemente biopolítico —espacios abiertos, demográficos, probabilísticos, sin cuadricular, que conllevan grados de densidad y de escasez, de salud y enfermedad, de movilidad y de fijeza—. Para ellos, vivir es vivir afuera, en un espacio extraterritorial, aplastados por una acumulación exasperante de privaciones y tiempo vacío que los va matando lentamente, rodeados de una atmósfera de indeterminación e inminencia.

---

## NOTAS

6 | Escribe Marcelo Cohen en «Volubilidad», uno de los cuentos de *El fin de lo mismo*, no muy lejos del mundo ficcional de *El aire*: «Una maciza hueste de espectros, exilada de la representación noticiosa, vivía como macilla en los intersticios del cuerpo consumidor: el estado los denominaba *indefinidos sociales*» (187-188).

7 | Acerca de la Buenos Aires latinoamericanizada de *El aire*, el propio Chejfec, que por esos años residía en Caracas, declara: «Vivir en Venezuela me sirvió como para ver en imágenes muy claras cómo podía ser esta Buenos Aires imaginaria, carcomida por el retraso, la pobreza y la decadencia» (Siskind 35-46).

## 1.1 Salir a tomar aire

La experiencia del no paso del tiempo, convertido en una serie de presentes puros abrumadoramente materiales, convierte los días de Barroso «en un merodeo confuso» (45) por lo indeterminado e inacabado de un tiempo que resbala sobre sí mismo: un tiempo barroso como su nombre, desarticulado y descategorizado, sin una columna vertebral que organice las acciones en el antes y después de una subjetividad clásica.

Cuando la «angustia de carecer de medida» (27), insoportable para un hombre de magnitudes como Barroso, lo desborde y la ausencia acumulada de su esposa vuelva el aire del departamento irrespirable, cuando la pesadez del aire se vuelva corporal, Barroso sale a la calle a caminar por un espacio tan extenso y disponible como la franja de tiempo local en la que habita, «igual a la ciudad que, pensaba, más allá del balcón dispersaba y reproducía su misma geografía sin interrupción» (32). Vivir afuera es para Barroso decantar hacia lo informe e inacabado de un tiempo y espacio sin medida, en un vagabundeo con la mente en blanco que tiene algo de *flânerie* infernal por una realidad lacunar y dispersiva donde el lazo social se ha disuelto y hasta el dinero como equivalente universal de los seres y las cosas había dejado de circular<sup>8</sup>.

Convertido en un gran campo de basura, entre ruinas de viejos edificios y zonas de derrumbe, el espacio social urbano se deshace no menos que la historia en trayectorias azarosas de agregados confusos de cuerpos que resbalan hacia un territorio ajeno al espacio geométrico y geográfico de los mapas de lo reconocible y lo nombrable —la espacialidad transhumante, local, errante, del caminante a la deriva que se pierde en «la inmensa experiencia social de la privación de lugar» (De Certeau, 1990: 155)—. Son caminatas de autista por espacios inconmensurables, abiertos, a lo largo de las cuales los encadenamiento de causas y efectos que aseguran la inteligibilidad de un relato han sido reemplazadas por desplazamientos al azar de figuras ausentes por espacios cualesquiera, en ruptura con el antiguo realismo de los lugares.

En estado de vagabundeo, Barroso «vagó sin pensar, o divagó sin atender que caminaba» (36) por un espacio nómada, entre multitudes solitarias de cuerpos «organizados en constelaciones [que] caminaban ausentes, disponibles y aparentemente dispersos, alejados entre sí varios metros hacia todas direcciones, pero avanzando sin alterar el diagrama hipotético que diseñaban sus lugares» (119). No estamos en un espacio narrativo dominado por la voluntad o el pensamiento abstracto, sino en esos teatros de la intrascendencia propios de Chejfec, recorridos por cadenas de percepciones y afectos que penetran el pensamiento para darle relieve y espesor.

---

## NOTAS

8 | Acerca de la representación del dinero en *El aire*, ver Alejandra Laera, *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*. En la novela de Chejfec «el sistema circulatorio, el del dinero, el de la ciudad, el del individuo hacen eclosión casi al mismo tiempo» (66). En este sentido, Laera opone el cuerpo inmóvil y agonizante de Barroso a la movilidad de los flujos globales de capitales.

## 1.2 En la frontera biopolítica

La descripción y el relato de lo lateral y lo descentrado, la pérdida de dimensión narrativa, sirven para explorar un espacio en descomposición, atravesado por cadenas de percepciones y afectos a través de los cuales el mundo exterior penetra los cuerpos y se enreda con un hilo mental «en cuyo interior los pensamientos y las ideas intentaban desarrollarse sin éxito» (53). El precio será la degradación de Barroso, el devenir irreversible que lo saca de sí mismo y lo sumerge en las diferencias salvajes de una vida —un medio poblado de intensidades y pulsiones elementales como el hambre, la falta de sueño, el cansancio, el deterioro de la salud, la explotación, la degradación corporal o ese miedo ubicuo, objetivo, que constituye para César Aira, explorando el mismo campo, «la matriz de los lugares», un aire de pesadilla «que hacía que hubiera lugares y que uno pudiera moverse por ellos» (2001: 155), expuesto a la contingencia, a la pérdida de todo marco de seguridad, de toda orientación y todo sentido del orden.

La producción capitalista se ha apropiado de la urbe, cuyos espacios y modos de habitar se vuelven instrumentos de las clases dominantes. Inseparable de la organización social de las necesidades, la precarización dejó de ser un fenómeno marginal para convertirse en instrumento de gobierno y de control de las poblaciones, según un nuevo régimen de producción de subjetividad y de realidad que extiende la inseguridad a la totalidad de la existencia. Así, en los mundos surgidos de la crisis, una vida<sup>9</sup> está por todos lados: entre las multitudes de caminantes ocupando las veredas y la calzada a altas horas de la noche, revolviendo la basura o conversando frente a las vidrieras iluminadas de los negocios de productos fuera de su alcance; en el hacinamiento de los conventillos, una zona superpoblada, deteriorada y febril; en los ranchos improvisados sobre las azoteas, donde el tiempo vacío de la desocupación va derrumbando subjetivamente a hombres —el clásico trabajador asalariado, masculino, nacional— que, paralizados por el miedo a lo incalculable, dejaron de salir a buscar trabajo.

En una de sus rondas nocturnas, Barroso alcanza los confines de su barrio para descubrir el umbral mismo de lo socialmente legible: «Barroso se detuvo al llegar a una esquina: cruzando la calle comenzaba la oscuridad, una zona no iluminada... Había una línea definida pero intangible que dividía la penumbra de la zona iluminada; se veía a personas que de pronto emergían desde la masa oscura y personas en la cual de repente y *sin mediaciones* entraban, desapareciendo» (39). Inmóvil en el umbral, la narración no le da a Barroso la menor chance de ver en esa boca negra que expulsaba y tragaba personas una alegoría del estado en el que él mismo se encontraba. ¿Pero la advertencia del narrador no tiene algo

---

## NOTAS

9 | Con *una vida*, Deleuze no se refiere a la vida como núcleo, esencia o atributo personal. En su indefinición e indeterminación, *una vida* remite, por el contrario, a la realidad de lo virtual, un puro horizonte impersonal de variación que más que cerrarse sobre una forma, se afirma como apertura y potencia de invención pre-personal y a-subjetiva. Ver Gilles Deleuze, «La inmanencia: una vida...» (2007).



---

de denegatorio? Señala una correspondencia entre el hundimiento subjetivo de Barroso y la descomposición de lo social, el deterioro de la ciudad acompañando el propio, para inmediatamente descartarlo. Pero deja la sospecha, como quien dice, flotando en el aire, porque revela, en el desorden del paisaje, el límite del pensamiento y de la representación, la caída de Barroso en lo irrepresentable de un universo que no es el de los sociólogos ni el de los medios. Ese agujero oscuro por el que se escapa la vida, ese umbral de precarización de la vida «sin mediaciones» a través del cual un cuerpo pierde o adquiere en sus idas y vueltas una forma humana reconocible, está marcando la frontera entre *bios* y *zoé* —una frontera «definida pero intangible» entre la vida políticamente cualificada de lo que una sociedad reconoce como persona y la vida no personal del sujeto, la vida no apropiable del cuerpo viviente en tanto forma común—. Son zonas de intensidad biopolítica, fronteras de seguridad más o menos permeables, más o menos porosas y móviles, que están al mismo tiempo adentro y afuera de los confines territoriales de la ciudad moderna: fronteras biopolíticas, que pasan por el cuerpo común de seres que respiran el mismo aire y comparten un mismo modo de vida, a la intemperie de cualquier forma de amparo o inclusión, desbordando las coordenadas urbanas clásicas.

### 1.3 El ascenso de la pobreza: terrazas

El abandono de Benavente puso el mundo de Barroso en variación, liberando ese poder de significación inherente a las cosas mudas cuando se ponen a hablar en una lengua hecha menos de signos lingüísticos que de índices de extrañamiento depositándose sobre los seres y las cosas, sin imponerle una forma o una significación inequívoca. Fuera de sí, en el departamento o en la calle, lo imposible ocurre a cada instante, en cualquier parte de una ciudad que parecía estar cambiando: «había situaciones que no coincidían con la actualidad; había cuadras desplazadas del tiempo, pertenecientes a una cronología extranjera» (122). El extrañamiento está afuera, en esas bifurcaciones temporales, depositándose sobre la realidad bajo la forma de indicios inestables que inscriben materialmente lo que, según Rancière, «no tiene espacio en el sistema de realidad» (1991: 106), lo que siempre había estado allí y nunca habíamos visto, al borde de la presencia, para lo que todavía no hay un nombre. «Señor, hace años que compro con vidrio» (82) —le avisa alguien a Barroso, para quien el pago con vidrio en reemplazo del dinero constituye una novedad impensada.

En este sentido, la política de novelas como *El aire* está ligada a la creación de una bifurcación que ponga en tela de juicio la correspondencia entre la escala de lo que se ve y lo que se dice, entre cuerpos y sentidos. De acuerdo a su sistema de realidad, hecho de magnitudes y mediciones constantes, lo que Barroso

vive entre atontado y perplejo es imposible. Sin embargo, desde la partida de Benavente, lo imposible ocurre todo el tiempo bajo la forma anticipatoria de la palabra. Un artículo que lee Barroso sobre la «tugurización de las azoteas» (63), por ejemplo, capta tanto la novedad como la invisibilidad de un fenómeno alojado en las terrazas de los edificios, que desde la calle pasa totalmente desapercibido. Las terrazas de las casas y los edificios de los barrios céntricos se llenan de familias de desocupados<sup>10</sup> que levantan en el aire viviendas precarias hechas con tablas, chapas y ladrillos sin revocar. Se trata de una modificación invisible del «paisaje “aéreo” de la ciudad» (65), una capa de vida invisible flotando en un limbo de desocupación y privaciones por encima de nuestras cabezas.

#### 1.4 De repente, el desierto

Como los antiguos viajeros del siglo XIX, cautivos del poder de extrañamiento de una llanura que, a pesar de la cercanía objetiva del horizonte, describían como «infinita», Barroso, que no deja de ser un viajero por los pliegues invisibles de una ciudad irreconocible, otea desde su ventana el horizonte quebrado de la ciudad. Y lo que se produce en el límite de la visión es menos una geografía hipotética que un cálculo acerca de un terreno biopolítico, «la cifra estadística, en definitiva incidental, representada por la cantidad de familias que habitaba las azoteas tugurizadas» (111).

Desde el momento que la frontera pasa menos por el territorio que por la población, son las ciudades las que se vuelven periféricas de un suburbio impreciso donde las fronteras entre lo urbano y lo rural son cada vez más borrosas. El campo ingresa en la ciudad a través de las manzanas en ruinas, arrasadas por brigadas de topadoras —máquinas de producir escombros que «pampeanizaban instantáneamente» (159) el espacio de una ciudad que se desvanecía como un espejismo, flotando «como si fuera de aire, sobre la repetida llanura, amenazada por el agua y a merced de los dos océanos por los que estaba sitiada, uno líquido y el otro sólido» (126).

En fuga hacia el desierto contra el que había sido proyectada, «la ciudad se despoblaba, dejaría de ser una ciudad, y nada se hacía con los descampados» (159) llenos de escombros por entre los que volvía a aflorar la fuerza desdiferenciadora de un desierto latente, ominoso, virtual<sup>11</sup>. Sin la ambivalencia de los procesos de «destrucción creativa» que, en la lógica de la modernización, definen las transformaciones urbanas (Harvey, 1989: 16), la lenta extinción de la ciudad de *El aire*, el retorno del desierto aflorando entre las baldosas, constituye «una regresión perfecta» (159) a un mundo arcaico, propiciada por campañas masivas del gobierno que, mientras deja abandonado el espacio urbano a las fuerzas regresivas del mercado, promovía un virtuoso culto campero que compensara la destrucción de lo común en una ciudad que más que cambiar,

#### NOTAS

10 | Como si fuera una de las notas que lee Barroso en la prensa, Mike Davis observa que «en El Cairo y en Phnon Penh, los recién llegados a la ciudad ocupan o alquilan un espacio en las azoteas, creando villas miseria en el aire» (13).

11 | Acerca de la relación de *El aire* con Martínez Estrada, comenta el propio Chejfec: «Lo que yo me había propuesto en *El aire* era darle forma narrativa a ciertos emblemas de Martínez Estrada (que) seguían funcionando en el inconsciente político de la Argentina» (Siskind 35-46). En «Anomalías. Sobre la narrativa de Sergio Chejfec», Beatriz Sarlo reconoce en el paisaje urbano de Chejfec una inversión del proceso de *llenado* al que Martínez Estrada somete sus representaciones de la ciudad: «En los treinta y cuarenta, Martínez Estrada creyó diagnosticar un exceso de ciudad. En los noventa, Chejfec cree percibir un deterioro y una falta. Desconocemos la ciudad» (397).

---

desaparece «sin que [nadie] se diera cuenta de nada» (159). En efecto, la dominación ejercida sobre la territorialidad de la vida por un poder extraterritorial y ubicuo, global más que ambiental, actúa por medio de rudimentarias consignas nacionalistas difundidas a través de pasacalles o avisos en los periódicos que gravitan sobre la voluntad de los habitantes: «Ame el campo. La llanura argentina es imponderable», «El aire del campo es sano y nuestro no por saludable sino por nuestro» o «Quien adora el campo es el único que merece llamarse argentino» (166).

Reducido a su cuerpo cada vez más quieto, Barroso se derrumba, mientras el «éxodo porteño» que comentaba otro artículo iba vaciando la ciudad de contingentes de pobladores que «cansados de asentarse y fracasar en uno u otro sitio sucesivamente, acaban dispersándose por el campo» (187). Pero el aire de campo se había vuelto irrespirable. El campo que evoca la campaña a favor de la llanura está vaciado de posibilidades, y no retiene ninguna promesa: interrumpe el lenguaje y coarta las aptitudes intelectuales de sus pobladores, desvitalizados e «impávidos como los animales que debían vigilar» (167).

¿Habría, para alguien como Barroso, alguna chance de vivir afuera, de vivir en lo invivible de la vida y sus repeticiones, de cambiar de aire? Barroso agoniza junto con los imaginarios civilizatorios que hicieron de la distinción entre naturaleza y cultura el horizonte de las definiciones y políticas de las culturas nacionales latinoamericanas. El problema no es, si es que lo fue alguna vez, el pasaje de la naturaleza a la cultura o, en clave latinoamericana, de la barbarie a la civilización, sino la imbricación entre la vida nuda —la vida no personal del sujeto— y la política de modernización del capital, un poder de animalizar y trazar fronteras que pasan por cuerpos como los del pobre Barroso que, desangrándose en el fin mismo de la historia, ilumina con su agonía la violencia del abandono.

## 2. Aire de campo: *El desperdicio*, de Matilde Sánchez

Hacia esa pampa que exalta la campaña a favor del campo partió Elena Arteché, la protagonista de *El desperdicio* —la novela de la escritora argentina Matilde Sánchez del año 2007—. Porque el mundo al que regresa Elena con «la palabra patria» rondándole en la cabeza (111) —y se trata de un retorno, más que de un viaje— no es el campo de lo sublime patrio, esa segunda naturaleza en la que habita imaginariamente las clases que se identifican a sí mismas con lo argentino, sino un país en perpetuo derrumbamiento donde las fuentes del sentido de lo nacional parecían haberse agotado. Es que hacia el año 1993, el país se estaba hundiendo. El paisaje rural

había cambiado en pocos años, el clima se había vuelto impredecible. Media provincia de Buenos Aires estaba tapada por el agua: las napas freáticas subían a la superficie e inundaban los campos, en medio de un período extraordinario de lluvias. Deslocalizada y ubicua, la mutación no tenía coordenadas concretas: «Se podría estar hablando de cualquier país con grandes llanuras, de Australia o Mongolia» —describe Elena, en medio de una pampa barrosa, sin colores locales, desfamiliarizada y en ruinas (116).

Ahogados por la crisis financiera, hipotecados o quebrados, los productores rurales iban la «vanguardia del desastre» (112), endeudados hasta el cuello con los bancos que se habían convertido en los verdaderos dueños de la tierra. Subdividida entre parientes, hipotecada, loteada o arrendada por apremios jurídicos o impositivos, las grandes estancias se habían ido fragmentando según un proceso de desconcentración de la propiedad que ya llevaba décadas y que en los ochenta se impuso de manera absoluta. La explotación extensiva había dejado de ser rentable. Nuevas formas de explotación y gerenciamiento de la tierra están redibujando el paisaje agrícola, desnaturalizado por modernas biotecnologías aplicadas al agro. Los latifundios eran una cosa del pasado, y solo por inercia o apego a la tradición podía seguirse hablando de «la aristocracia con olor a bosta» (90-91). La ganadería había sido reemplazada por el cultivo de girasol y maíz a cargo de los grandes pooles de siembra, cuando no por pejerreyes, que los chacareros arruinados, devenidos piscicultores, sembraban con resignación en campos convertidos en enormes lagunas y pantanos. Simultáneamente, mutaciones y manipulaciones genéticas y ecológicas de animales y cultivos están transformando la naturaleza de la producción. La pampa comenzaba a convertirse en la «enorme aceitera» (90) que es hoy, con brotes de soja transgénica y nacionalismo emergiendo del suelo y creciendo al costado de las rutas. De ese mismo subsuelo salen los liebreros: ascendiendo incontenibles como un géiser —otra vez Martínez Estrada— desde las napas más profundas de una sociedad que explotó en mil pedazos, tribus de adolescentes precarizados, descendientes lejanos de los gauchos, corren literalmente la liebre, la nueva renta del poverío. Pero lo que comienza de noche en una llanura iluminada por reflectores, fogonazos y los trazos luminosos de liebres aterrorizadas en fuga, a la intemperie de cualquier rastro de economía formal, continúa por la mañana en el frigorífico, donde expertas manos de obreras evisceran, despellejan, decapitan, trozan y envasan al vacío la carne descuartizada por un proceso de transmutación de la carne en el que cada célula de liebre muerta, subdividida en cuartos, octavos, decimosextos, se hace dinero en los altares de una mercancía globalizada que cruza del desempleo pampeano a las mesas europeas donde se la sirve en platos de goulasch humeante<sup>12</sup>.

---

## NOTAS

12 |Ver la crónica de Matilde Sánchez, «Correr la liebre. Cazadores en el granero del mundo». *Clarín*. Suplemento «Zona», 15 de julio de 2001.

## 2.1 Poner el cuerpo

La historia de Elena Arteché es la historia de una vida que se desvía de su destino natural por el poder de las palabras. Zigzagueante como los saltos de una liebre, la carrera de Elena va y viene entre la ciudad y el campo, entre la picaresca y el barroco fúnebre, entre los placeres refinados y la vida práctica, entre la desfamiliarización y la familia, entre la extrema vitalidad y la enfermedad fulminante, entre la literatura y la vida. Criada entre el campo y un chalet de un pueblo de la provincia de Buenos Aires —Pirovano—, Elena había llegado a brillar en los círculos literarios de la Capital en los años ochenta como una excepcional lectora y crítica de teoría literaria, que aprendió y se dedicó a enseñar y extrañar el mundo a través de las categorías del formalismo ruso. Después, en los años noventa, vino la tragedia familiar (la muerte de una hermana, propiedades en litigio), la maternidad, la huida de la ciudad, el retorno a un campo en ruinas y a los mitos familiares, el salvataje e intento de reconstrucción de la estancia familiar, el bachillerato para adultos, para terminar en 2001 enfermándose y muriendo de un cáncer presuntamente hereditario, «desperdiándose» entre una masa amorfa de jóvenes liebreros, empleadas domésticas y cirujas rurales, sin dejar detrás suyo el «puto libro» (267) que la narradora, amiga y discípula, le reclama hasta el final.

Parafraseando a Clarice Lispector, la voz que entona la historia de Elena aspira más a ser «bio» que biográfica<sup>13</sup>. Entre la fisiología y la narración, entre la genética y la biografía, Elena vuelve menos al campo de lo sublime patrio que a ponerle el cuerpo a una herencia que es tanto jurídica como biológica, en un mundo desnaturalizado, rebajado de naturaleza a materias primas. Expuesta a las grandes intensidades de la vida, Elena resbala hacia una frontera donde la oposición ciudad/campo y naturaleza/cultura queda recubierta por la distinción menos rígida, más inestable y arbitraria, entre bios/zoé —entre la vida políticamente cualificada como «propiedad» de la persona<sup>14</sup> y la vida no personal del sujeto, la vida del cuerpo viviente capaz de afectar y ser afectado, de hablar y vivir cualquier vida, de experimentar con cualquier pasión, para poner en entredicho cualquier idea de una «naturaleza» o fundamento de lo humano separada de una gestión normativa de los cuerpos de una comunidad de la cual Elena, como profesora de un par secundarios normales de la zona, nunca pudo imaginarse separada (153).

Portadora de desorden, inventando posibilidades de vida hasta último momento, Elena sería la cifra de un exceso de vida, de un resto escrito que produce el ejercicio de la literatura cada vez que rompe con las categorías de la evidencia para poner en crisis la supuesta armonía realista entre cuerpos y significaciones. En este sentido, la política de *El desperdicio* respira el mismo aire que la novela de

---

## NOTAS

13 | Ver Clarice Lispector, *Agua viva* 50: «No voy a ser autobiográfica. Quiero ser “bio”. Escribo al correr de las palabras».

14 | No todo sujeto de una sociedad recibe el estatuto de persona. Sólo se denomina persona, explica Roberto Esposito en *Tercera persona*, a quien tiene control sobre su parte animal o bien domina o se declara dueño de su propio cuerpo.



---

Chejfec, para hacer ver según eso que desde comienzos de los años noventa estaba ahí pero nadie veía porque no había palabra para nombrarlo: los signos confusos de una mutación imperceptible, deslocalizada y omnipresente; el enrarecimiento del paisaje social, la visibilidad de la «miseria que estuvo allí, objetiva pero invisible» (143) invadiendo la ciudad desde un mundo rural en regresión que sólo por inercia u obediencia a las imágenes y sentidos que nos constituyen seguimos llamando «el campo».

«¿No oyen que ya vuelven los caballos?» (113), pregunta Elena en uno de esos «alardes de *ostranenie*» (40) propios de alguien llamado a reconsiderarlo todo en su carácter extraño y asombroso, alerta a *lo especial*, «lo encontrado, lo descubierto con sorpresa en un mar de objetos previsibles» (41). A la manera de Barroso, Elena siente antes que nadie el avance de la periferia sobre la capital. La ciudad se había llenado de cirujas y de pobres demenciados que, como las familias nómadas de *El aire*, «no hacía otra cosa que caminar buscando quién sabe qué» (142). Atenta a las señales, Elena «visionaria» (183) se prepara para lo que se viene, conectando los eslabones de una mutación que puede olerse en el aire.

## 2.2 Giro rústico

«Quiero bajar y bajar...», escribe por correo Elena (207), como una suerte de Alicia en el País del Extrañamiento que, siguiendo a los liebreros, se arroja por un pozo de *ostranenie* para caer en medio de una nueva comunidad sensible que la aleja del orden tradicional de la familia y de la propiedad rural, de sus campos y de sus silos, de su ganado y de las aulas. Bajo el signo de la liebre, no menos que de categorías de Freud, Lévi-Strauss, Tinianov o Bajtin que no la abandonan nunca, Elena ingresará en alianzas, tráfico y circulación de intensidades afectivas entre multitudes de cuerpos que, en su apertura, no se acomodan a las distribuciones dominantes de especies, géneros, familias e identidades.

«Algo los conecta con el futuro y anuncia lo que vendrá; cuando parecen más atávicos, ahí está su futuro» (169) —intuye Elena en mensajes llegados desde el futuro—. Con la perplejidad de Barroso, Elena intuye en los liebreros y los nuevos pobres rurales una de las tantas señales del avance de la periferia sobre la capital, «un giro rústico, una era de una sencillez pavorosa» cuyas señales «están ahí», al borde la presencia, en un campo saturado de virtualidades para las que todavía no hay nombre (183). Pero a diferencia de la atención flotante de Barroso, que renuncia a toda posición de poder respecto del presente, Elena sabe abandonarse y entregarse a la experiencia con la mayor intensidad y lucidez posible, para dejarse vivir por las grandes transformaciones de su tiempo. Sus premoniciones apuntan a mostrar la modernidad neoliberal como

---

arcaica, a sacudirse de encima el poder mítico de un sueño globalizador que en su cara oscura está incubando temporalidades anteriores a la del progreso, reservas de tiempo perdido y de sueños no cumplidos en una América Latina que, además de «proveedora de lo viejo y de “barbaries”» locales (Ludmer, 1994), participa del nuevo orden cultural internacional como productora y exportadora de *ostranenies* y desperdicios.

Síntoma de un tejido social y simbólico en descomposición, de fragmentación de lo que habitualmente reconocemos como cultura nacional, la explotación de la liebre era una suerte de parodia espontánea de la Argentina ganadera —el último recurso de una vasta población de desocupados rurales, a punto de perderse en el espacio amorfo del desclasamiento y el abandono absolutos, corriendo la liebre por la frontera de pobreza de una economía que ha renunciado al pleno empleo y que, en la lógica del terror económico, les ha retirado su protección y sus mecanismos de reconocimiento. Porque si el estado del siglo diecinueve buscaba la obediencia de los gauchos al orden de la ley y el control de sus cuerpos nómades por medio de microprácticas disciplinarias en la escuela o el trabajo en las estancias, el estado de fines de siglo veinte —el estado neoliberal en el que nos hace pensar *El desperdicio*— abandona a sus propios medios la vida precarizada de los sin-estado, poblaciones encerradas afuera, incluidas en el orden socioeconómico mediante la desposesión y la invisibilización en un afuera que es menos un hipotético más allá de la política que un más acá de una sociedad partida en pobres y menos pobres.

En solidaridad «objetiva» con los nuevos indigentes rurales, Elena, más allá de la empatía puramente sentimental del burgués que convierte la miseria en objeto de consumo, estaba dispuesta a cambiar su vida por la de un liebrero o por la de una campesina alienada (174). A su manera, sabía, como observa Deleuze, que toda mutación social instaura un nuevo campo de percepciones y afectos que suponen nuevas formas de subjetivación y de interacción entre los cuerpos, nuevas formas de territorialización del poder que son al mismo tiempo nuevas posibilidades de vida (2015: 163). A punto de perderlo todo por la enfermedad y la crisis, Elena buscaba entre los liebreros «una nueva educación de la sensibilidad» (157) que la llevara de los interiores de la novela burguesa y del universo de Bataille y de Proust, a los exteriores de una serie de aventuras saturadas de elementos paródicos. Así, la joven promesa académica de los años ochenta, en vez de hundirse en el pasado como si se arrellanara en un sillón de lectura, «se apartaba de la literatura francesa y del gótico inglés para investigar el vitalismo» (157), deseosa como la Emma de *Madame Bovary* de «verificar en la vida», como dice Rancière en *El hilo perdido* (26), «algunas palabras robadas a los libros» que, como mujer, no le estaban destinados, y de vivir en comunidad con los

liebreros «la vida no vivida de las mujeres» (157).

Son las mujeres, los desocupados, los adolescentes repetidores y los cirujas rurales, con los liebreros a la cabeza, los que según Elena «están llamados a liderar una transformación» que es también un anárquico «llamado al desorden» de “energías autodestructivas” que, impredecibles, no se sabe para dónde pueden salir disparadas: su fuerza proviene de su multiplicidad (173). Arrojadados a un nuevo orden por la fuerza del capital, cazadores y liebreros se aferran pragmáticamente a esa reserva de vitalismo surgido desde abajo, jugando en un terreno ajeno con el desvío de las fuerzas que se les imponen, según ese «arte de vivir», literalmente, «en el campo del otro» hecho de tretas y ardidés de supervivencia, saberes comunitarios, artes de la improvisación, lógicas vitales y prácticas del espacio heterogéneas (De Certeau, 1990: 43).

Expuestos a los flagelos de la desocupación, para los adolescentes liebreros era «la liebre o el delito» (160), una red afectos, saberes brutales y prácticas primitivas solo aptas para varones jóvenes que conciben en plena pampa una de esas microeconomías «barrocas»<sup>15</sup> que Verónica Gago reconstruye en *La razón neoliberal* —brotes monstruosos de neoliberalismo «desde abajo» por parte de sujetos populares que se resisten a la explotación y a la desposesión creando interpretaciones, mutaciones y adaptaciones novedosas que desbordan las coordenadas de la macroeconomía. Más que víctimas del neoliberalismo, habría que ver en ellos «articuladores de una heterogeneidad social desbordante e ininteligibles en términos de una política clásica» (Gago, 2014: 15). Después de todo, ¿no son esos «emprendedores de sí» dejando salir sus «instintos» empresariales, los empresarios de su propia vida que promueve el neoliberalismo, sujetos de la libre iniciativa y la autogestión de un «capital humano» que hace cuerpo con el trabajador y que dura lo que dura una vida? Los liebreros sueltos, por ejemplo, son «cuentapropistas a tracción humana» (170) que pedalean por los caminos vecinales en bicicletas desvencijadas cargadas de liebres bamboleantes.

### 2.3 El monstruo biopolítico

Un peldaño aún más abajo de la industria del desperdicio, después de los liebreros, en un subsuelo de pobreza creciente donde el grado de desestratificación es prácticamente absoluto, estaban los sin techo rurales, varones desocupados de entre 30 y 60 años sin empleo ni domicilio fijo, caídos de la infraestructura municipal más básica en el agujero negro de la *ostranenie*. Parientes cercanos de los desocupados urbanos de *El aire*, no dejaban de ser un hecho novedoso para el campo, que Elena, siempre atenta a las señales, capta antes de que la recesión fuera admitida oficialmente.

---

#### NOTAS

15 | Para Gago, «lo barroco latinoamericano persiste como conjunto de modos entreverados de hacer, pensar, percibir, pelear y laborar» de subjetividades comunitarias, expansivas y proliferantes, capaces de adaptación al mundo productivo posfordista (*La razón neoliberal* 20).

Funcionarios públicos y políticos no podían entender qué tuvo que pasar para que en el campo, donde siempre había existido alguna tapera abandonada que sirviera de refugio, se extendiera como una mancha creciente de demografía deforme una masa supernumeraria de cirujas rurales, fuera de los controles de la población. Las autoridades locales trazaban en los despachos lo que llamaban con acento técnico un «catastro de tendidos» (202), tratando de fijar con chinches sobre un telgopor una población de cuerpos en fuga por los caminos vecinales que, desconfiados de las autoridades, se resistían a ser asistidos por un poder donde desposesión y asistencia, en buena lógica neoliberal, se correspondían uno a uno.

«*Ya no son gente*» —escribía Elena por correo electrónico—, «*son ex hombres*» (203) que se escapan como liebres asustadas de las grillas que constituyen la vida socialmente legible, durmiendo sobre cartones, en tolderías de lona y puestos de chapa, a la intemperie de la noche y de cualquier categoría social. Se habían ido o sus parejas los habían echado de sus casas y, quebrados y deprimidos por el fracaso laboral y el desprecio de sus esposas, habían desistido hacía tiempo de recuperar las capas de ciudadanía que había ido perdiendo con el desmantelamiento del ya de por sí magro Estado de Bienestar: trabajo, vivienda, alimentación, servicios, salud, seguridad social. En su estupor y abandono, «habían dejado de ser personas» (203), sujetos biológicamente vivos pero jurídicamente inexistentes, caídos del mapa, separados de lo que pueden por una condición política que los hunde en la noche de la vida biológica de la especie.

Fue entonces que aparecieron en el medio del campo un puñado de *containers* vacíos, desviados de los circuitos globales de la mercancía a fuerza de sobornos, para que «la idea de *contener* a los desposeídos» se volviera literal (208). Elevándose en el medio de la nada como «viejos silos de cereal [...] aplastados por el peso de la crisis», los cubos de chapa, rodeados de plásticos y de lonas, daban la imagen de «apocalipsis fabril». El *efecto villa miseria* de las nuevas viviendas era inmediato, y Elena lo caza al vuelo: como la novela de su vida, el conjunto «muta de manera constante y de un modo vertiginoso. Y como lo construido progresa mediante un ensamblado azaroso, cada material aporta su sentido. Se producen sorprendentes combinaciones de materiales»<sup>16</sup>, constelaciones de desperdicios de una precariedad temporal extrema; yuxtaposiciones asombrosas más que conexiones argumentativas que, en la lógica inestable del ensamblaje, de la articulación, de la alianza y la simbiosis, «no da tiempo a cristalizar una estética» ni cerrarse sobre un sentido último (207).

Allí donde la asistencia humanitaria, laica o religiosa, no ve sino una especie amenazada en peligro de extinción, condenada a sobrevivir

---

## NOTAS

16 | En cursivas en el original.

en un umbral de pobreza indefinida, Elena ve erupciones materiales, corporales, sensoriales; eclosiones de vida turbulenta estallando en múltiples sentidos; allí donde parece estar cumpliéndose la fantasía soberana de una *vida desnuda* que no corresponde a ninguna forma de vida, Elena ve «monstruos» biopolíticos<sup>17</sup> multiplicándose por todos lados, alterando la distribución sensible de los roles y los espacios; allí donde se escuchan chillidos de miedo, Elena percibe el rumor de una lengua que, sustrayéndose a su propia formalización, decanta hacia lo informe y lo inacabado de un pueblo por venir. «Ninguna amenaza más escalofriante que la rebelión de los animales» —advierde Elena, que especula con que pasaría si las liebres, en su superabundancia vital, se agremiaran y manifestaran «para poner coto a la masacre» (168).

Objeto de precarización y abandono por parte del estado, el pueblo de la liebre se abre paso desde el subsuelo biológico de la población para impugnar los ordenamientos biopolíticos y hacer surgir en contigüidad con el animal un conjunto de deseos insatisfechos que toman la palabra de Elena para articularse como demanda. Como las caminatas de Barroso y los devenires de Elena, las liebres no menos que los liebreros trazan con sus zigzagueos el umbral entre la vida políticamente identificable y la vida desperdiciada, expuesta a desaparecer en el campo del animal viviente, tensionada entre el agotamiento y la supervivencia, entre la falta de poder y la potencia indeterminada de actuar. Asociadas a formas de comunidad y economía arcaicas, las liebres de *El desperdicio* vienen sin embargo del futuro a reivindicar un nuevo campo relacional de percepciones y de afectos no ligados a las identificaciones nacionales y a señalar, en su condición de acontecimientos flotantes, que algo está por pasar, aunque no sepamos exactamente qué —algo que, como un eco de la intuición del narrador de *Perros héroes*, «guarda relación con lo que podría considerarse el futuro de América Latina» (Bellatin, 2003: 7). Proliferantes como los pastores belgas del relato de Mario Bellatin, el pueblo de la liebre, en su vitalidad conflictiva, llega junto a los trabajadores precarizados, a los linyeras rurales, a los nuevos pobres urbanos y a las familias de desocupados de *El aire*, para iluminar el campo de lo viviente y desafiar con sus saltos inesperados la política que necesita de la potencia del trabajo vivo, de la vida no personal del cuerpo y la explotación de sus poderes.

---

## NOTAS

17 | En «El monstruo político. Vida desnuda y potencia», Antonio Negri (2007) opone su noción de «monstruo político» —el poder creativo y colectivo de la multitud, la masa fuera de los controles de la población que se resiste a las capturas del biopoder— al concepto de «vida desnuda» de Agamben, en el que lee una fantasmagoría ideológica que vacía los cuerpos y la vida de su potencia y capacidad afirmativa.



## Bibliografía citada

- AIRA, C. (2001): *La Villa*, Buenos Aires: Emecé.
- AUYERO, J. (2001): *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*, Buenos Aires: Manantial.
- BELLATIN, M. (2003): *Perros héroes*, Buenos Aires: Interzona.
- CAVALLETTI, A. (2010): *Mitología de la seguridad. La ciudad biopolítica*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- COHEN, M. (1992): *El fin de lo mismo*, Madrid y Buenos Aires: Anaya y Mario Muchnik y Alianza, 1992.
- CHEJFEC, S. (2008 [1982]): *El aire*, Buenos Aires: Alfaguara.
- DAVIS, M. (2004): «Planets of Slums. Urban Involution and the Informal Proletariat», *New Left Review*, 26, marzo-abril 2004, 5-34.
- DE CERTAU, M. (1990): *L'invention du quotidien. 1 Arts de faire*. Paris: Gallimard.
- DELEUZE, G. (2007): «Inmanencia: una vida...» en Giorgi, G. y Rodríguez, F. (eds.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Buenos Aires: Paidós.
- DELEUZE, G. (2015): *La subjetivación. Curso sobre Foucault. Tomo III*, Buenos Aires: Cactus.
- ESPOSITO, R. (2009): *Tercera persona. Política de la vida y filosofía de lo impersonal*, Buenos Aires: Amorrortu.
- FOGWILL, R. E. (1998): *Vivir afuera*, Buenos Aires: Sudamericana.
- FOUCAULT, M. (2004): *Sécurité, territoire, population : Cours au Collège de France 1977-1978*, Paris: Gallimard.
- FOUCAULT, M. (2004): *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France. 1978-1979*. Paris: Gallimard.
- FOUCAULT, M. (2005): *Historia de la sexualidad. Vol. I. La voluntad de saber*, Buenos Aires y México: Siglo XXI.
- GAGO, V. (2014): *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*, Buenos Aires: Tinta Limón.
- GARCÍA CANCLINI, N. (2001): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires: Paidós.
- GIORGI, G. (2014): *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- HARVEY, D. (1989): *The Condition of Posmodernity*, Cambridge, MA and Oxford: Blackwell.
- LAERA, A. (2014): *Ficciones del dinero. Argentina, 1890-2001*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- LISPECTOR, C. (2010): *Agua viva*, Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- LUDMER, J. (1994): «Los territorios que vendrán», *Biblioteca de México*, 21 (Mayo-Junio 1994).
- LUDMER, J. (2010): *Aquí América Latina: una especulación*, Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- MARTÍNEZ ESTRADA, E. (1991): *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires: Losada.
- NEGRI, A. (2007): «El monstruo político. Vida desnuda y potencia», en Gabriel, G. y Rodríguez, F. (eds.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*, Buenos Aires: Paidós.
- RANCIÈRE, J. (1991): *Breve viaje al país del pueblo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- RANCIÈRE, J. (2015): *El hilo perdido. Ensayos sobre ficción moderna*, Buenos Aires: Manantial, 2015.
- SARLO, B. (2007): *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- SARLO, B. (2009): *La ciudad vista. Mercancías y cultura urbana*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- SÁNCHEZ, M. (2001): «Correr la liebre. Cazadores en el granero del mundo», *Clarín. Suplemento "Zona"*, 15 de julio de 2001.
- SÁNCHEZ, M. (2007) : *El desperdicio*, Buenos Aires: Alfaguara, 2007.
- SISKIND, M. (2005): «Entrevista a Sergio Chejfec», *Hispanamérica*, año 34, n.º 100, abril de 2005, 35-46.